

Introducción

La (segunda) era de la máquina y después



Ant Farm (Chip Lord), “Real(c)ity”,
fotocollage, c. 1970. University of California,
Berkeley Art Museum (se reproduce por
cortesía de Chip Lord).

Fantasmas en la máquina

Al introducir la segunda edición de *Teoría y diseño en la primera era de la máquina* (1980), Reyner Banham sitúa el fin del predominio del “movimiento moderno” y, junto con este, del “estilo internacional” en 1970. La arquitectura moderna, admitía, “finalmente estaba desprestigiada”. Aunque el modernismo de principios del siglo xx parecía ahora pasado de moda, incluso arcaico –tan “inservible como un viejo auto con el tanque de nafta casi vacío y ninguna estación de servicio a la vista”, como un “antiguo vehículo de categoría... yendo a los tumbos hacia el desguace”–, Banham sugería que, en principio, sus ideales utópicos conservaban una relevancia persistente.¹ Cuando apareció por primera vez *Teoría y diseño...*, en 1960, la apreciación de Banham de una arquitectura guiada por el avance tecnológico parecía tener un futuro promisorio: “La mayoría de las convicciones sobre las cuales se ha basado el movimiento moderno aún se mantenían y en buena forma”, recordaba, “y lo que aparentaba ser una segunda era de la máquina tan gloriosa como la primera nos introdujo en los ‘fabulosos años sesenta’ –miniaturización, transistorización, los viajes en cohete y en jet, las drogas milagrosas y la nueva química doméstica, la televisión y la computadora parecían ofrecer más de lo mismo, solo que mejor–”. Aquí una vez más, en un acoplamiento actuali-

¹ Reyner Banham, *Theory and Design in the First Machine Age*, Cambridge, MIT Press, 1980, pp. 9-10. [N. del E.: el libro había sido publicado en castellano como *Teoría y diseño arquitectónico en la era de la máquina*, traducción de Luis Fabricant, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1965. En 1985, la editorial Paidós de Barcelona hizo una reedición manteniendo la misma traducción, pero agregando la introducción de Banham a la segunda edición inglesa con traducción de C. Fernández Medrano, y corrigiendo el título: *Teoría y diseño en la primera era de la máquina*.]

zado de humanos y máquinas, el arquitecto podría buscar el “poder de cumplir las promesas de la era de la máquina”.²

Pero así como el modernismo no había cumplido sus promesas de felicidad, ese futuro tampoco habría de suceder. Banham abordaba esta penosa materialización pocos años antes, en su melancólico epílogo a *Megaestructuras. Futuro urbano del pasado reciente* (1976). Mientras que las megaestructuras y otras prácticas experimentales de la década de 1960 abarcaban los sentimientos libertarios del período y “la creencia en lo permisivo y en lo indefinido, en un futuro con ‘escenarios alternativos’”, pronto se había vuelto evidente (no solo para Banham, sino también para los arquitectos) que el trabajo albergaba un paradójico llamado al orden, una alianza atávica con los sueños modernistas de un control ambiental totalitario. Este “deseo de imponer un orden simple y arquitectónico en la disposición de la sociedad humana y su equipamiento” era “autodestructivo”, concluía Banham; contenía una “contradicción interna que no se podía resolver”.³ Si bien inicialmente, como también había sucedido con el modernismo, el uso de una escala masiva había sido identificado con políticas de izquierda, aquellas eficiencias de escala habrían de servir al capitalismo demasiado bien; y la flexibilidad buscada dentro de la sistemática “permisividad” de la megaestructura además concordó con la naturaleza transformadora del capitalismo posfordista y sus instituciones –con la “Gran Corporación” y los “órganos de poder establecido”–. Por consiguiente, a pesar de los intentos de adelantar lo que Gilles Deleuze y Félix Guattari llamaron “líneas de fuga” de técnicas de poder operativo en el ámbito contemporáneo, las megaestructuras simplemente abrieron el camino para el “*establishment* [que] lo comprendió, disfrutando por el momento un resplandor ilusorio de supuesto radicalismo”.⁴ El fracaso de la promesa de una “ciudad flexible del futuro” fue una profunda desilusión.

Arquitectura o tecnoutopía. Políticas después del modernismo investiga la dinámica histórica tanto del fin del modernismo como de sus desenlaces experimentales florecidos a fines de la década de 1960 y

² *Ibid.*, pp. 10-11.

³ Reyner Banham, *Megastructure: Urban Futures of the Recent Past*, Londres, Thames and Hudson, 1976, pp. 197, 199 y 216 respectivamente [en castellano: *Megaestructuras. Futuro urbano del pasado reciente*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978].

⁴ *Ibid.*, pp. 208 y 209. Una “línea de fuga” hace referencia a un movimiento de desterritorialización o desestratificación de sistemas codificados o técnicas de poder, que podrían asumir muchas formas. Véase Gilles Deleuze y Félix Guattari, *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987 [en castellano: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1994].

principios de la década de 1970; en palabras de Banham, traza sus “caídas en desgracia”. Mi objetivo, sin embargo, no es reforzar narrativas de descenso, fracaso e irreversibilidad, tampoco reiterar la codificación del posmodernismo al cual sirvieron de manera tan efectiva. Muy por el contrario. El libro pretende recobrar disparidades y pluralidades ocultas desde el interior de historias de esas prácticas arquitectónicas, no para recuperarlas para el presente (por cierto pertenecen a un momento histórico diferente),⁵ sino para replantear los intereses críticos y políticos que conforman su legado. Para hacerlo, marca un itinerario del compromiso de la arquitectura estadounidense con ramificaciones estéticas, sociales y políticas de cambio tecnológico, ofreciendo una contrahistoria de prácticas e instituciones que intentaron, de varias maneras y con diversos grados de éxito y visibilidad, promover perspectivas éticas y políticas para la disciplina, a pesar de la eficacia menguante de las convicciones modernistas y de las estrategias de las vanguardias históricas. Este es un recorrido muy particular y necesariamente incompleto (podrían contarse muchas otras historias), centrado en los trabajos –edificios, proyectos conceptuales, exhibiciones, publicaciones, simposios o *performances* de agitación y propaganda– que implícita o explícitamente rechazaron tanto una posición de fatalismo melancólico como otra de optimismo para articular una respuesta de carácter político, no importa cuán nefastas podrían parecer estas luchas, ni cuán lejos de la práctica establecida se encuentren, ni cuán cerca de esta estén para poner en escena sus disputas. Ciertamente, una apuesta de este estudio es que precisamente en medio de las que parecen ser las más monolíticas de las instituciones, tales como el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MOMA) y hasta el Instituto de Estudios Urbanos y de Arquitectura (IAUS, según su sigla en inglés), se pueden encontrar fallas y momentos de disenso que, aunque incapaces de producir transformaciones radicales, justifican analizar la naturaleza de los debates y de los conocimientos a los que dieron lugar. Como una contraparte de lo establecido, este libro presta atención a prácticas marginales tales como la construcción de domos y las instalaciones *intermedia* que impulsaron a la disciplina hasta sus límites, demostrando un tipo de porosidad o de permeabilidad –a los nuevos materiales, economías alternativas, transformaciones sociales y otros medios– que pueden entenderse, al menos en retrospectiva

⁵ Si bien los programas y los ideales sociopolíticos del modernismo arquitectónico habían surgido como respuesta a la industrialización –una fase anterior de la tecnología y el capitalismo–, lo que está en juego es la comprensión de cómo la arquitectura a su vez respondió a la conjunción de la tecnología de la información y las fuerzas socioeconómicas del capitalismo tardío.

tiva, como aperturas contemporáneas hacia nuevas genealogías estéticas y políticas.

El cuestionamiento del modernismo, por supuesto, no era nada nuevo, desde la Nueva Monumentalidad, el Neoliberalismo y el trabajo multifacético del Team 10 hasta prácticas que abarcaban la teoría de sistemas, la cibernética y las ciencias sociales y de la conducta, las codificaciones previas de la arquitectura moderna fueron cuestionadas de manera repetida durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, después de la pujante experimentación con nuevas tecnologías y nuevas subjetividades sociales en los sesenta, los setenta marcaron un punto de inflexión y sin lugar a dudas un giro postutópico. Mientras el desencanto creció con la capacidad de nuevas estrategias para efectuar un cambio estructural –desde megaestructuras, domos y “diseño ambiental” hasta estructuras inflables e insurrecciones estudiantiles–, las vocaciones críticas y utópicas por la arquitectura comenzaron a parecer no solo idealistas, sino, como observaba Banham, hasta imposibles de ser llevadas a cabo. No eran ajenas a esto las afirmaciones de que no solo el modernismo y la vanguardia estaban llegando a un fin, sino que la arquitectura misma estaba bajo amenaza. Las prácticas experimentales y radicales estaban moldeadas en tales discursos como señales de una disciplina girando fuera de control, produciendo estrategias que se alejaban demasiado de las demarcaciones tradicionales de la arquitectura. La respuesta, como este libro discutirá, fue un llamado al orden bajo la rúbrica del “posmodernismo”, una redemarcación defensiva, o una reterritorialización, de límites disciplinarios apuntando a controlar esos recorridos, para volver reconocible la arquitectura una vez más. Esta fue una respuesta muy afectada por aquellas prácticas alternativas, construida cuidadosamente y promovida en una batalla contra la permeabilidad de la disciplina –y su acoplamiento– a las fuerzas históricas emergentes. Centrándose principalmente en las décadas de 1960 y 1970, *Arquitectura o tecnoutopía* vuelve sobre este momento de asedio para leer narrativas históricas familiares y eventos emblemáticos en la arquitectura estadounidense que iban contra la corriente.

Banham es solo un protagonista menor (aunque recurrente) en este libro, pero su respuesta a la sensación amenazante de cierre de la disciplina a experimentaciones conformadas políticamente con tecnología, y al giro posmoderno que estaba surgiendo, es particularmente reveladora si bien problemática. Quiero comenzar brevemente con Banham, entonces, y preguntar: ¿qué circunstancias podrían haber llevado a una crítica tan optimista, dedicada completamente a articular perspectivas de la arquitectura para emplear nuevas tecnologías y nuevas subjetividades socia-

les, a experimentar un cambio tan radical?⁶ Es importante recordar que Banham se había desplazado de Inglaterra a los Estados Unidos en 1976, habiendo sido un frecuente visitante desde 1968, cuando había sido designado miembro del consejo de la Conferencia Internacional de Diseño en Aspen (IDCA).⁷ Pero el país que encontró era muy distinto del panorama industrial y de la economía que habían inspirado a la primera generación de arquitectos modernos, como él relató en *La Atlántida de hormigón: edificios industriales de los Estados Unidos y arquitectura moderna europea, 1900-1925*.⁸ Era un Estados Unidos lanzado a la carrera espacial y la informatización, mientras se encontraba enredado en una guerra imperialista en el sudeste asiático y en lo que con frecuencia (si bien no con entera exactitud) se describió como guerra civil en casa, además de la radicalización de los movimientos de protesta y la contracultura. Era un Estados Unidos que expandía a la vez sus intereses militares y económicos a nivel global mientras experimentaba lo que Herbert Marcuse llamó el “gran rechazo” de la juventud de la nación. Banham encontraría contraproducente buena parte de este rechazo, refiriéndose de una manera chistosa a los “hippies (*flower children*), los inconformistas de las comunidades del desierto, los okupas politizados... los marcusianos, los radicales de las escuelas de bellas artes y los participantes de los *événements de Mai* en las calles de las democracias”, y pronto volvió a los desiertos del sudoeste norteamericano en búsqueda de una experiencia modernista menos problemática.⁹

La ideología liberal y de alguna manera de izquierda tradicional de Banham –como el primer modernismo y las megaestructuras que inicialmente parecieron expresar esto tan bien– habían venido a representar, en primer lugar, algo cercano a la “opresión liberal capitalista” de acuerdo

⁶ Sobre la notable reformulación de Banham de la arquitectura frente a la nueva tecnología, véase Anthony Vidler, “Toward a Theory of Architectural Program”, *October*, N° 106, pp. 59-74.

⁷ Véase Nigel Whiteley, *Reyner Banham. Historian of the immediate Future*, Cambridge, MIT Press, 2002.

⁸ Véase Reyner Banham, *A Concrete Atlantis: U.S. Industrial Building and European Modern Architecture*, Cambridge, MIT Press, 1986 [en castellano: *La Atlántida de hormigón: edificios industriales de los Estados Unidos y arquitectura moderna europea, 1900-1925*, San Sebastián, Editorial Nerea, 1989].

⁹ R. Banham, *Megastructure...*, *op. cit.*, p. 209. También me refiero al alejamiento de Banham de la megaestructura en mi ensayo sobre la obra de Julie Ault y Martin Beck, “Infinite Rumors”, en *Installation*, Viena, Secession, 2006. Véase también, Martin Beck, *An Exhibit viewed, played, populated*, Graz y Frankfurt, Kunstverein Graz / Revolver Verlag, 2006. Sobre la noción de “gran rechazo”, véase Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Boston, Beacon Press, 1959 [en castellano: *El hombre unidimensional*, varias ediciones].

a los ideales de una nueva generación de pensamiento radical¹⁰ (incluyendo, podríamos observar, a muchos de los que habían huido al sudoeste norteamericano). Y, en segundo lugar, desde la perspectiva de muchos enunciados posmodernos, la fascinación del crítico británico por la máquina sería descartada como un tecnooptimismo ingenuo, una fidelidad perspicaz al idealismo modernista que estaba fuera de foco con las realidades tanto del capitalismo estadounidense como del retorno a la “Arquitectura”.

Pese a su tono melancólico, la reconsideración de Banham de las reflexiones anteriores sobre el modernismo y la práctica experimental sugería otras posibilidades latentes dentro de su proyecto histórico. Entre sus muchas percepciones estaba el reconocimiento de que esas historias tenían otras versiones para contar, quizás otros futuros. Al reordenar la segunda edición de *Teoría y diseño*, argumentó que a pesar de que los posmodernistas hallaban los edificios modernos “tan carentes de valores simbólicos y decorativos”, valía la pena “recordar que así no era como comenzó”.¹¹ Si bien se había entendido que el trabajo estaba históricamente obsoleto, sin embargo albergaba posibilidades de redención, tanto como su legado. Esto parecía llevar consigo aquello que Walter Benjamin de manera tan provocativa había referido como un “índice secreto” o “un débil poder mesiánico” portado por el pasado.¹²

Este era el contexto en el que Banham reflexionaba sobre la sede de las Naciones Unidas en Nueva York y al hacerlo indicaba la complejidad de tales rescates. Como argumentaba, la ONU había “cimentado” las aspiraciones del modernismo en un “monumento simbólico permanente”; había “resumido todas esas aspiraciones a un mejoramiento liberal de la socie-

dad, la preocupación institucionalizada por los oprimidos y los pobres, y el progreso a través de la tecnología, que había inspirado a los pioneros, fundadores y maestros del movimiento moderno, sus seguidores y sus discípulos”. Mientras su descripción de este punto simplemente repetía la mitología modernista, implicando determinadas relaciones entre forma, programa e ideología política, su motivación no era la nostalgia. Él deseaba más bien disipar esos mismos mitos. Como seguía diciendo, “en la práctica, la ONU ha servido demasiado a menudo como instrumento de las políticas del más poderoso y de la agobiante rutina burocrática”; la arquitectura moderna que el edificio “canonizó” había llegado a representar una “arquitectura de dominación corporativa anónima” de alcance global.¹³ Esta historia de que el capital solidifica el modernismo en un modo de representación adecuado para la cooptación y la reterritorialización no era la única, como indicábamos anteriormente. Pero sus implicaciones no finalizaron aquí.

Banham, de hecho, nunca dio más información sobre las ramificaciones políticas más amplias de su ejemplo arquitectónico, pero su invocación de la sede de la ONU para pensar sobre arquitectura y política después de la primera era de la máquina difícilmente habría podido ser casual. Más allá de la cuestión del sentido, del significado de los edificios, apunta al complejo entrelazamiento de factores históricos subyacentes a mi propio interés en revisar el final del modernismo. Fundada después de la Segunda Guerra Mundial, la ONU, como institución, funcionaba “como una bisagra en la genealogía de lo internacional con estructuras jurídicas globales”, registrando de manera implícita una crisis en las ideas de soberanía política y fronteras.¹⁴ Por consiguiente, Banham había resituado su evaluación de la aspiración tecno-utópica del modernismo en el contexto del rol de la disciplina, consciente o inconscientemente, dentro de las técnicas emergentes del poder supranacional –no solo jurídico, sino también económico, social, militar, territorial y geopolítico–. Es decir, llevó la disciplina a un diálogo con fuerzas que desafiaban su misma jurisdicción y la fe de la Ilustración en aquello que había sido fundado. Así como la idea de un orden político internacional basado en los derechos soberanos de los Estados nacionales había cedido a una condición posnacional (de ahí la necesidad de nuevos marcos institucionales y nuevas formulaciones de derechos y ciudadanía), los marcos disciplinarios y las certezas del modernismo industrial fueron severamente cuestionados por este encuentro con

¹⁰ Banham reconocía una crítica que, como explicaba, no venía “de la izquierda organizada o establecida, sino que le fue sugerida, de manera bastante apropiada, por los estudiantes parisinos disidentes durante la segunda noche de los *événements de Mai* en 1968”. Esta era una crítica neomarxista, de acuerdo con Herbert Marcuse, que reconocía en la “libertad permisiva” de la megaestructura una afinidad con el sentido ilusorio de las “supuestas elecciones de los consumidores entre diferentes productos ofrecidos por los supermercados del sistema capitalista”. R. Banham, *Megastructure...*, *op. cit.*, p. 206.

¹¹ R. Banham, *Theory and Design...*, *op. cit.*, p. 9.

¹² Los “objetos históricos” de Benjamin eran constelaciones de momentos resonantes como “destellos” del pasado, una resonancia que no había nacido de afinidades de forma y contenido sino de circunstancias históricas que dotaba a aquellos de un potencial redentor, una “posibilidad revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido”. Walter Benjamin, “On the Concept of History” (1940), en Michael W. Jennings y Howard Eiland (eds.), *Walter Benjamin: Selected Writings. Volume 4: 1938-1940*, Cambridge, Harvard University Press, 2003, pp. 390-396 [en castellano: W. Benjamin, *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1989, “Tesis de filosofía de la historia”, pp. 177-191].

¹³ R. Banham, *Theory and Design...*, *op. cit.*, p. 9.

¹⁴ Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge, Harvard University Press, 2000, p. 4 [en castellano: *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002].

las fuerzas posmodernas y postindustriales de la globalización. La arquitectura también necesitaba repensar sus mismos parámetros.

Volviendo entonces al proyecto histórico de Banham: él insistía en que los edificios contemporáneos conservaban sus tempranas potencialidades de poner la tecnología al servicio de ideales progresistas, notando que eso “aprisionado” en las “inexpresivas torres de cristal” que se expandían ahora en todo el mundo eran “sueños románticos de prismáticos y cristalinidad esplendores, catedrales de luz y color”. Esos sueños de un mundo mejor, planteaba, eran “los verdaderos ‘fantasmas en la máquina’ del siglo xx, vagos ecos de una época que estaba lejos de ser cobarde, cuando los hombres de verdad trataban de aceptar ‘la Máquina’ como un poder para liberar a la humanidad de las antiguas esclavitudes del trabajo y la explotación”.¹⁵ Banham titulaba su nueva introducción “La edad de la máquina y después”, esperando que aquellos fantasmas pudieran seguir hechizando la disciplina y su idea de acoplar cuerpos y máquinas. Nosotros podríamos agregar a esto, más de un cuarto de siglo después, la cuestión de cómo otros fantasmas, tal vez ligeramente distintos, podrían hacerse visibles a través de la investigación histórica –fantasmas subyugados por el temprano período experimental del compromiso de la disciplina con la lógica de la tecnología de la información–. Y estos podrían ser no solo fantasmas progresistas, sino también extremistas y revolucionarios en busca de otro mundo de ensueño, cuya insurrección podría volver extraña la aparente culminación de tales políticas en el ascenso del posmodernismo en los primeros años setenta.

Posmodernismo

En muchos sentidos, *Arquitectura o tecnoutopía* explora la emergencia del posmodernismo a fines de los años sesenta y principios de los años setenta, pero, como debería ser evidente, aborda solo de manera indirecta lo que ha llegado a conocerse como posmodernismo en arquitectura así como lo que se sitúa como patrimonio de la disciplina dentro de debates posmodernos más amplios. Si este libro apunta a descentrar, incluso a disipar narrativas familiares del posmodernismo –tales como aquellas que Charles Jencks y Robert Stern codificaron de forma tan efectiva, o las que criticó Manfredo Tafuri– articulando genealogías alternativas, lo hace a través de una prudente cercanía con esas narrativas. Dialogando con

ellas pero partiendo de consideraciones de la semántica y del giro historicista que dominaba una porción importante de la práctica arquitectónica desde los años setenta, una gran parte del libro investiga el impacto en la disciplina de las tecnologías de la información y de sus lenguajes y discursos específicos. El proyecto es trazar, como enunciaron Michael Hardt y Antonio Negri, “el pasaje de la posmodernización”, un pasaje histórico articulado no solo en el ámbito de la tecnología –cuando la tecnología industrial cedía a su contraparte postindustrial o informática–, sino también, y de manera inextricable, en los ámbitos socioeconómicos, culturales y políticos. En contraste con las numerosas narrativas de pérdida y declinación, *Imperio* de Hardt y Negri, influenciado por la izquierda extraparlamentaria italiana (de la cual Negri era, y sigue siendo, una figura central), lee esas fuerzas de transformación tecnológica como productoras de formaciones estéticas, sociales, materiales y políticas potencialmente positivas. Es una importante lección para la arquitectura, y el presente volumen intenta poner la disciplina en un diálogo en desarrollo con este paradigma, tanto identificando momentos en su intersección histórica en los Estados Unidos como proponiendo su eficacia en curso como herramientas críticas y teóricas.

Para exponer lo que está en juego en el encuentro de la arquitectura con este pasaje histórico y su nueva evaluación crítica, el libro empieza firmemente con el modernismo: un estudio de la crítica arquitectónica de Meyer Schapiro muestra un discurso relacionado no solo con el ámbito de la estética, sino con los imperativos tecnológicos, socioeconómicos y políticos de su época. En textos publicados en pequeñas publicaciones de izquierda y encarando temas como el estilo internacional del MOMA, o autores como Richard Buckminster Fuller, Lewis Mumford y Frank Lloyd Wright, Schapiro reconocía, ya en la década de 1930, una dialéctica de autonomía de la arquitectura versus sometimiento tecnocrático de esta a los imperativos capitalistas que retornarían, bajo un aspecto actualizado, en el polémico debate posmoderno de “Grisés versus Blancos”. Aunque estuvieron lejos de ser visibles y nunca integraron la recepción convencional del modernismo, los escritos de Schapiro merecen ser reconsiderados por su insistencia en el trazado de las posibilidades políticas de la arquitectura radical –es decir, por su optimismo–. Esta lección fue rápidamente olvidada, y contrasta de manera marcada con la crítica marxista posterior, como la realizada por Tafuri. La lectura clarividente pero desalentada de Tafuri de las perspectivas de la arquitectura bajo el capitalismo, su reconocimiento de que las estrategias de resistencia y negación de la vanguardia habían servido de un modo creciente a las mismas maquinaciones de un capitalismo cada vez más totalitario, contrasta nítidamente

¹⁵ R. Banham, *Theory and Design...*, op. cit., p. 9.

con la esperanza anterior de Schapiro. Para Tafuri, como analizaremos en el capítulo II, las variadas respuestas que han dado los arquitectos al último capitalismo de los años sesenta y setenta cayeron todas en la misma trampa: el compromiso de la arquitectura experimental con la tecnología postindustrial, el repliegue a lenguajes formales por parte de los “Blancos” y la estética “pluralista” de los “Grisés”, todo esto fue igualmente “repatriado” a un mercado capitalista cada vez más diferenciado.

La obra de Tafuri tuvo un profundo impacto en el discurso de la arquitectura estadounidense. Igualmente “operativos” fueron los discursos de Colin Rowe y del propio discípulo de Banham, Charles Jencks, que de diferentes maneras a lo largo de los años setenta siguió concentrándose en investigaciones formalistas y semánticas a expensas de los vínculos de la política con la tecnología y los nuevos movimientos sociales. Es por todos conocido el anuncio que hizo Jencks de la muerte del modernismo en *El lenguaje de la arquitectura posmoderna* (1977), fechándola sumaria, aunque metafóricamente, el 15 de julio de 1972 a las 15:32 horas, momento de la destrucción del conjunto habitacional Pruitt-Igoe, construido por Minoru Yamasaki en la década de 1950.¹⁶ Su explicación de un posmodernismo escenográfico e historicista que había surgido para reemplazar las ruinas del modernismo ayudó a lanzar la disciplina a una amnesia histórica de su pasado reciente. Que el propio proyecto histórico de Jencks requiriera de semejante olvido tal vez en ninguna parte esté mejor ejemplificado que en la remoción, en las ediciones posteriores de *Architecture Today*, de una reveladora sección escrita por William Chaitkin, dedicada a “Alternativas”. La notable explicación que allí hacía Chaitkin de la arquitectura “Funk”, desde la construcción de domos y viviendas con desechos hasta el trabajo de Ant Farm, apuntaba a las presiones del contexto de la publicación, notando tanto que el “estilo posmoderno rápidamente se convirtió en una nueva ortodoxia en los setenta”, como la manipulación del lenguaje modernista desarticulado de sus “raíces tecnológicas”.¹⁷ Igualmente fascinante fue la decisión de Jencks de volver a publicar en 2000 su texto sobre prácticas experimentales de 1969, *Architecture 2000: Predictions and Methods*, que concluye de una manera más bien graciosa afirmando el éxito de su futurología. Mientras este retorno era facilitado aparentemente por las resonancias formales entre el trabajo

experimental de los años sesenta y la producción de forma por computadora, necesitamos no obstante cuestionar las políticas de la historia que funcionan aquí.¹⁸ Jencks incluso actualizaría la edición más reciente de *El lenguaje de la arquitectura posmoderna* para completar el círculo, representando una nueva “anexión” o “recolonización” del trabajo alguna vez suprimido en una narrativa individual.¹⁹ Y para distinguir tal “retorno” de la “insurrección de conocimientos sojuzgados” expuestos en el concepto de arqueología de Michel Foucault, podríamos observar que lo que se perdió son precisamente aquellas “líneas divisorias en las confrontaciones y luchas que planes funcionales u organizaciones sistemáticas están organizados para ocultar”.²⁰ Esas demarcaciones son a su vez lo que la erudición histórica busca revelar.

La melancólica respuesta de Tafuri estaba influenciada por el legado de la historia reciente, desde la incapacidad de las estrategias revolucionarias para producir instituciones sociales democráticas sostenibles, hasta lo inimaginable de la violencia perpetrada por el fascismo y en nombre del nacionalismo. Como bien se sabe desde la *Dialéctica del iluminismo* de Adorno y Horkheimer, la racionalidad del iluminismo ha revelado su contraparte dialéctica como una violenta subordinación que aparentemente no conocía límites.²¹ Además, si el recuerdo de la Revolución Rusa y de las prácticas vanguardistas anteriores al siglo xx había dado esperanza a formulaciones utópicas y radicales –un recuerdo en algunos sentidos aún vivo en el período inmediato de posguerra–, los horrores de la Segunda Guerra Mundial, basados tan absolutamente en el avance tecnológico, llegaron a parecer inseparables de otras desastrosas lecciones de la modernización.

Es más, para muchos críticos, los rebeldes de los años sesenta, como aquellos vanguardistas de antes, habían entendido mal las maquinaciones del capitalismo. Las revueltas de estudiantes y trabajadores (durante las cuales Adorno se había quedado llamativamente en su aula), los movimientos por los derechos civiles y las luchas por la liberación del colonialismo, la proliferación de una contracultura estadounidense con el telón

¹⁶ Charles Jencks, *The Language of Post-modern Architecture*, Nueva York, Rizzoli, 1977, p. 9 [en castellano: *El lenguaje de la arquitectura posmoderna*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981].

¹⁷ William Chaitkin, “The Alternative”, en Charles Jencks, *Architecture Today*, Nueva York, Harry N. Abrams, 1983, p. 297. Agradezco a Chip Lord por advertirme sobre el profundo y detallado informe de Chaitkin (y su supresión).

¹⁸ Charles Jencks, *Architecture 2000 and Beyond: Success in the Art of Prediction*, Sussex Occidental, Wiley Accademy, 2000. El libro comienza con las representaciones por computadora de la Casa Embriológica (Embryonic House) de Greg Lynn, de 1999.

¹⁹ Charles Jencks, *The New Paradigm in Architecture: The Language of Postmodernism*, New Haven, Yale University Press, 2002.

²⁰ Véase Michel Foucault, “Society Must Be Defended”, *Lectures at the College de France, 1975-76*, Nueva York, Picador, 2003, p. 7 [en castellano: *Genealogía del racismo*, La Plata, Altamira, 2006].

²¹ Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1971.

de fondo de la guerra de Vietnam y el surgimiento de la conciencia ambiental y ecológica y de nuevos movimientos sociales, todos parecían ser proyectos frustrados; es decir, todo podría ser fácilmente subsumido dentro de la cada vez más diferenciada lógica del capitalismo. La sospecha recién se exacerbó durante el giro posmoderno vía la recuperación cínica e inmediata del mercado de las ideas de pluralismo e identidad (pensemos no solo en el posmodernismo de Jencks sino en el de Bennetton y Gap), y por la erradicación acelerada de programas sociales bajo las políticas neoliberales de los años de Thatcher y Reagan (y más allá).²²

Escapar de este panorama desalentador es, entonces, en alguna medida un modo de optimismo crítico tal como el que forjó Schapiro para el modernismo y la vanguardia histórica.²³ Pero si consideramos una vez más el momento insurreccional en el contexto del posmodernismo, encontramos no solo la respuesta melancólica de la izquierda tradicional y las respuestas neoconservadoras (como la de Daniel Bell con su anuncio del fin de la historia y de la política), sino también paradigmas críticos y políticos incluyendo el postestructuralismo y el movimiento autónomo de la nueva izquierda italiana. Mientras el postestructuralismo ha sido importante para los debates teóricos en arquitectura por varias décadas, el paradigma posmarxista de la nueva izquierda italiana solo recientemente ha venido ganando atención con la recepción fenomenal de *Imperio*, de Hardt

²² El impacto en la arquitectura de este giro político conservador en los ochenta es abordado en Mary McLeod, "Architecture and Politics in the Reagan Era: From Postmodernism to Deconstructivism", *Assemblage*, N° 8, febrero de 1989, pp. 23-61. McLeod formó parte de *Revisions*, un grupo de arquitectos y críticos de Nueva York, fundado en la primavera de 1981 para contrarrestar la desarticulación de la arquitectura de la política tal como quedaba de manifiesto en el posmodernismo —a través del reemplazo de objetivos sociales modernistas con estrategias escenográficas posmodernas—, así como en la crítica social de los primeros años de la década de 1960 (Jane Jacobs), y en las preocupaciones formales, semióticas y fenomenológicas de los primeros años setenta (Colin Rowe, Charles Jencks, Mario Gandelsonas y Christian Norberg-Schulz). En marzo de 1982, *Revisions* organizó un congreso en el IAAUS, con el nombre de "Arquitectura e Ideología". El evento, que además de miembros de *Revisions* incluyó a Manfredo Tafuri y Frederic Jameson, apuntó específicamente a la "introyección de un argumento ideológico en el actual debate arquitectónico". Se publicó como Joan Ockman, Mary McLeod y Deborah Berke (eds.), *Architecture Criticism Ideology*, Nueva York, Princeton Architectural Press, 1985. En su introducción, McLeod situaba a Robert Stern como ejemplo de las "asociaciones del movimiento político conservador". El posmodernismo, había argumentado él, "no es revolucionario ni en el sentido político ni en el artístico, de hecho, confirma el efecto de la sociedad tecnocrática y burocrática en la que vivimos". Mi propio estudio vuelve a abordar estas problemáticas, desde la perspectiva de más de dos décadas después. Quiero tanto reconocer estas primeras intervenciones como ofrecer una respuesta a la cuestión de la presencia de una crítica arquitectónica marxista a través del rescate de los poco conocidos escritos de Schapiro de la década de 1930.

²³ Quiero distinguir este optimismo de aquel de escritores como Jencks y Fuller, cuyo optimismo fue apenas crítico.

y Negri.²⁴ Para rechazar el dualismo de melancolía versus tecnooptimismo acrítico, quiero adoptar una lección central de estos linajes teóricos interconectados: se puede entender el capitalismo para resolver todas las contradicciones solo si seguimos considerando la dialéctica en sí como el único mecanismo de transformación histórica. Si no lo hacemos, se presentan otras perspectivas (positivas) en el interior de ese pasaje de posmodernización, y se trata de esas perspectivas, y de nuevos modos de subjetividad social y política tras los que ellas subyacen, las que este libro pretende rastrear en la arquitectura.

Para señalar brevemente lo que resta del contenido, el libro analiza el trabajo curatorial de Arthur Drexler en el MOMA, apuntando al impacto de la tecnología de la información en la arquitectura y el diseño (capítulo III); la importación en el MOMA que hizo Emilio Ambasz de debates sobre diseño ambiental e informática, así como la teoría crítica europea y las prácticas de la izquierda italiana (capítulos IV y V); la paradójica aceptación por parte de la contracultura de las invenciones tecnocráticas de Buckminster Fuller como la arquitectura de una nueva sociedad revolucionaria (capítulo VI); los ambientes intermedia y psicodélicos, tales como el trabajo del grupo USCO, y la relación de sus fluidos tropos estéticos con la ideología emergente de un mundo único (capítulo VII); y la política del movimiento ecológico y su relación con un ambiente crecientemente militarizado, leída a través de la obra basada en los medios de Ant Farm (capítulo VIII). El libro finaliza con una consideración sobre la recuperación contemporánea de prácticas experimentales, siguiendo el ejemplo del concurso de la Lower Manhattan Development Corporation para la reconstrucción del World Trade Center, y la elisión de la memoria histórica que implicó. Es importante aquí un estudio de *Exodus, or the Voluntary Prisoners of Architecture* (1972) de Rem Koolhaas y Elia Zenghelis, cuya posición es como un contrapunto reflexivo a la situación actual (capítulo IX).

Un nuevo tipo de frontera

Un tema recurrente de este estudio concierne a la naturaleza y las vicisitudes de la relación de la arquitectura con su momento histórico, en particular con respecto a los dominios de la tecnología, la política, la economía, la estética, la teoría y las formas de vida emergentes. He intentado identificar un tipo de permeabilidad a esas contingencias históricas, tanto en

²⁴ Véase Sylvère Lotringer, "Autonomia's Multitudes", *Pataphysics*, 2003. Lotringer también muestra la estrecha conexión de Negri con Deleuze y Guattari durante sus años de exilio en París.

el sentido de su estar siempre ya inscriptas en las prácticas arquitectónicas, como en el sentido de una apertura crítica a ellas que genera efectos positivos. Esto es explorado a la vez en los registros formales, materiales y programáticos, así como en los ámbitos discursivos e institucionales.²⁵ Repito, es a lo largo de estas líneas donde quiero refutar afirmaciones como las que sostienen que esa apertura plantea una desafortunada amenaza a la especificidad de la arquitectura, como una disciplina y como un medio. Precisamente por esto, la negociación crítica de las convenciones disciplinarias con las fuerzas reveladas por estos encuentros, creo, forma una de las claves para la adquisición de la disciplina en la vida contemporánea y en las posibilidades de transformaciones radicales, no importa cuán rápido otras fuerzas surjan para dismantelarlas. En este sentido, espero que el libro contribuya a la teorización de las relaciones entre estética y política, al proyecto de cuestionarse qué práctica progresista o radical podría darse en la arquitectura, o de identificar dónde podría haber tenido lugar esto después del surgimiento de modalidades cada vez más propagadas y variadas de poder y control durante el capitalismo tardío.

No se trata entonces de preguntarse dónde han de delinearse los límites, sino, en palabras de Samuel Weber, de “trazar un *tipo distinto de frontera*”.²⁶ Lo que ha reemplazado los intentos de demarcar ámbitos disciplinarios y la búsqueda de fundamentos, argumenta él, es “un acercamiento más práctico y estratégico que implica un esfuerzo para extender, o poner en juego, lo que podría describirse como *límites habilitantes*”.²⁷ Al distinguir una “institución” que mantiene el *statu quo* (a veces frenándose de manera violenta)²⁸ y la “institucionalización” como “su aspecto dinámico transformador”, Weber articulaba la relación con una alteridad siempre presente, si bien perturbadora, que permitía a una disciplina

²⁵ Esas formas de negociación deben ser distinguidas de la naturalización acrítica de la tecnología y de las prácticas que tratan de asimilar su misma lógica y funcionamiento a las fuerzas emergentes que manejan la “nueva economía”, tal como se observa en la práctica contemporánea identificada con el rechazo de la teoría y con el término “poscriticidad”. En esta línea de la práctica contemporánea no hay un momento articulado de lo que Paolo Virno ha llamado una “creatividad librepensadora que cambia las reglas de juego y desorienta al enemigo”, ni sentido de la posibilidad de “intemperancia” o “desobediencia”, así como tampoco podría operar a nivel individual o de lo forjado crítica y colectivamente a través de nuevas formaciones sociales. Véase Paolo Virno, “Virtuosity and Revolution: The Political Theory of Exodus”, en Paolo Virno y Michael Hardt (eds.), *Radical Thought in Italy: A Potential Politics*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996, pp. 189-210.

²⁶ Samuel Weber, *Institution and Interpretation*, Stanford, Stanford University Press, 2001, p. 213.

²⁷ *Ibid.*, p. x. Weber entra en diálogo aquí con Gaston Bachelard.

²⁸ *Ibid.*, p. xiv.

“diferenciarse”.²⁹ Una importante lección aquí es que el problema en cualquier disputa polémica no es la reconciliación o la oposición de posturas, sino el reconocimiento de que una podría desestabilizar radicalmente a la otra, que semejante dinámica podría funcionar a modo de espacio a través del cual una disciplina “se diferencia a sí misma”.

Para Tafuri, el postestructuralismo ofrecía un conjunto inadecuado de herramientas para articular relaciones entre prácticas significantes y técnicas de poder. Aun cuando reconocía su eficacia en la construcción de “genealogías fascinantes” de lenguaje y sistemas de poder, para el crítico marxista la pluralidad de lecturas que conllevaba el postestructuralismo significaba que los escritores “han de negar la existencia de un *espacio histórico*”.³⁰ Lo que quiero discutir, sin embargo, es que justamente señalando esa pluralidad y esos espacios es como las genealogías de las prácticas arquitectónicas –al menos aquellas abiertas a un compromiso crítico con fuerzas contingentes y, por tanto, a una matriz social, técnica y política más amplia– pueden revelar los contornos precisos de un nuevo tipo de espacio histórico.

La conjunción disyuntiva “o” en mi título –que apunta a recordar la famosa máxima de Le Corbusier “Arquitectura o Revolución”– es retórica. Este libro tiene la intención de socavar esas oposiciones, identificando encuentros más complejos o matizados entre arquitectura y nuevas tecnologías, que conservan una vocación ético-política para la disciplina. Los ejemplos introducidos aquí no son, por supuesto, siempre “exitosos” en este sentido. Pero sirven, de diferentes maneras, para revelar los contornos de otras formas de compromiso y negociación. Se entiende que la tarea del análisis histórico es tener la posibilidad de trazar esas alternativas –los caminos están marcados, si bien no necesariamente recorridos–. El objetivo es identificar topos estéticos, teóricos y políticos –no importa cuán enterrados estén por los vencedores de la historia, ni lo fortuitos que pudieran parecer– que cuestionen la disociación de la arquitectura tanto de su contexto histórico y político como de sus sueños de un mundo mejor por venir.

²⁹ *Ibid.*, p. xv.

³⁰ Manfredo Tafuri, “Introducción: el proyecto histórico”, *La esfera y el laberinto. Vanguardias y arquitectura de Piranesi a los años setenta*, trad. Francesc Serra Cantarell, Barcelona, Gustavo Gili, 1984, p. 14 [edición original en italiano: *La sfera e il labirinto*, Turín, Einaudi, 1980; la autora cita de la traducción al inglés: *The Sphere and the Labyrinth. Avant Gardes and Architecture from Piranesi to the 1970s*, trad. Pellegrino d’Acierno y Robert Connolly, Cambridge, MIT Press, 1987].